

Padre Juan Lehman

¡Labios, abríos!

El Cardenal Rauscher, Arzobispo de Viena (+ 1875), decía en 1869: 'Antaño el silencio era uno de los medios más excelentes de progresar en el camino de la virtud. Hoy, en cambio, las cosas han variado de tal modo que se pueden ganar muchos méritos hablando. No se necesitan siempre doctas palabras, ni mucha sabiduría: basta que se hable con decisión y convencimiento'. ¿No es esto lo que está sucediendo actualmente? Se charla mucho, pero se habla poco de lo que fuera menester hablar; y en particular los católicos se callan cuando no deberían hacerlo; se podría creer a veces que son mudos, o que no existen. A esos católicos, mudos como peces, se dirige el Señor exclamando: ¡Efeta! ¡Abríos! ¡Hablad!

1º Para alabar a Dios.

2º Para confesar la fe.

3º Para defender la moral.

1º Hablad para alabar a Dios. - a) Exhortaciones. Al comenzar el rezo del Breviario dice el Sacerdote: 'Abrid, Señor, mi boca para alabar vuestro santo nombre'.

Así deberíamos todos orar. ¡Abramos los labios para alabar a Dios desde la madrugada, diciendo 'Todo para gloria de Dios!'. ¡Abramos los labios para rezar por la noche: 'Gracias te doy, Dios mío, porque me has conservado este día!'. ¡Abramos los labios para rezar antes y después de cada comida! ¡Abramos los labios para orar y cantar en la casa del Señor!

Dios nos dio la lengua y el habla para alabar y bendecir y pronunciar su santo nombre con respeto y devoción. '¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea su santo nombre, en el cielo y en la tierra, ahora y por toda la eternidad!

¡Gloria y honor, gracias y honra sean dados a la Santísima Trinidad!

¡Que todo el universo aumente, Señor, vuestra gloria!.

La última palabra del convertido Conde Federico Stolberg (+ 1819) fue: '¡Alabado sea Jesucristo!.

Debiéramos estar siempre cantando: 'Santo, Santo, Santo', o 'Gloria', o el 'Benedícite', o el 'Tedéum'.

Los Cartujos sólo abren los labios para orar y cantar. Fuera de eso guardan absoluto silencio. San Baldomero, artesano de una aldea próxima a Lyon, en

el sur de Francia (+ 669) comenzaba su trabajo con estas palabras: 'En nombre de Dios.

¡Gracias y loores sean dados a Dios!'. Y repetía con frecuencia estas palabras. Muchas veces dirigiéndose a sus compañeros de trabajo les decía: 'Vamos, hijos míos, comencemos en nombre de Dios'.

Murió por fin en un monasterio, como piadoso monje, repitiendo: '¡Gracias y loores sean dados a Dios!'. Imitemos tan bello ejemplo.

2º Hablemos para confesar la fe. - a) Palabras de Cristo. No debemos avergonzarnos de confesar nuestra fe, 'porque quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su majestad, y en la de su Padre, y de los santos ángeles' (Luc., 9, 26). 'A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos. Mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos' (Mat., X, 32, 33). Algunos quieren, como en otro tiempo el orador romano Mario Victorio ser cristianos 'pero sólo en secreto, y no en público'. Mas esto no es posible. Es necesario: ¡confesar la fe! ¡abrir los labios! ¡Todos pueden y deben saber que sois católicos!

El gran estadista inglés Sir Roberto Peel, hallábase un día en cierta elegante tertulia, donde se comenzó a hacer burla de la religión cristiana. Durante algún tiempo permaneció callado; pero por fin se levantó y les dijo: 'Disculpenme; soy cristiano'. E inmediatamente dió a su cochero la orden de partir. Este resuelto proceder del primer ministro causó profunda impresión en los circunstantes (Spirago). Así obraba un protestante. ¿Y vosotros. católicos, os avergonzaréis de confesar que sois católicos' ¡Abrid vuestros labios para confesar la fe!

¡Hable también vuestra boca en defensa de la fe! ¡No debéis callaros cuando la fe, la Iglesia, los sacerdotes son calumniados o injuriados! Hablad, sin temor. Hablad con toda calma, pero firme y decididamente. Eso es de gran efecto. Si nosotros los católicos, nos callamos, los adversarios gritarán más fuerte.

Es necesario, como tan felizmente dijo una vez el gran estadista alemán Windthorst (+1891), es necesario 'repetir el catecismo que nuestros adversarios no conocen'.

A imitación de los Apóstoles ante el Sanedrín, debemos exclamar: '¡No podemos callar!'.

En una reunión electoral nacional-socialista efectuada en Bamberg el año 1929, el jefe comunista Geyer ofendió al Prelado Leicht de la manera más indigna. Nególe el derecho de hablar sobre la reforma del divorcio y dijo textualmente: 'Un hombre que no tiene hijos, al menos oficialmente...'. Una tempestad de aplausos resonó en la sala, donde había mayoría de católicos.

Mas he aquí que se levanta un protestante, el Dr. Buttman y dice con visible emoción: 'Acabo de oír aquí, en Bamberg, burlarse de un modo indigno y soez del celibato, institución de la Iglesia Católica, ante la cual, aunque soy protestante, me inclino respetuoso, y veo que el público aplaude la burla regocijado. ¡Qué caramba! Yo combato al Sr. Obispo y sus ideales políticos, pero no permito que se toque a su honra personal. ¡Jamás hubiera creído posible que estos Señores aplaudiesen a un hombre, que sube a esa tribuna para burlarse tan vil e indignamente!'.

¡Un protestante tomando la defensa, y los católicos callando! ¿No es cosa triste?

3º Abrid los labios para defender la moral. - a) Deber. Ante los falsos principios que sustenta el mundo acerca de la familia y educación de los hijos, y ante la creciente inmoralidad de la moda, de los cines, de las diversiones, de las playas, etc., no es posible ya callar. ¡Tenemos el deber de abrir los labios para salvar lo que fuere posible! ¡Abrid, padres, los labios; hablad a vuestros hijos! ¡No debéis tolerar modas indecentes, ni relaciones precoces! Mirad no os suceda lo que al sacerdote Helí, que por ser débil con sus hijos, por no castigarlos como debía, por no corregirlos, por callarse, fué castigado por Dios.

¡Maestros, Superiores, educadores, abrid vuestros labios! No os calléis a vista de las faltas y negligencias de aquellos que os están confiados. ¡Amigos, abrid vuestros labios! Decid a vuestro camarada: ¡no puedes continuar así, deja eso, corrígete, confiésate!

¡Exhortad, avisad, amonestad, reprended! ¡Patronos, abrid vuestros labios ante vuestros empleados! Es falso que no tenéis nada que ver con el comportamiento de vuestros subordinados, fuera de las horas de trabajo. ¡Sacerdotes, confesores, hablad! No podéis callaros ante los vicios y pecados. 'Clama, no ceses: haz resonar tu voz como una trompeta, y declara a mi pueblo sus maldades' (Is., 58, 1).

¡Prefectos, Diputados, Senadores, Estadistas, abrid vuestros labios en las reuniones parlamentarias! Pecáis gravemente si os calláis ante la injusticia.

Escuche el mundo o no escuche, debéis hablar, debéis poner coto a la corrupción de las costumbres. Debéis levantar vuestra voz. ¡Cuando un hombre no tiene el valor de combatir la inmoralidad, no tiene derecho a decir que quiere el bien del pueblo!

El duque Carlos Augusto de Weimar, gran protector de los poetas Schiller, Goethe, Herder y Wieland, se entretenía una vez contando anécdotas inmorales en extremo ante un grupo de jóvenes oficiales. Nadie se atrevía a replicar al Príncipe, cuando he aquí que se levanta el Barón de Stein y le dice: 'Considero inconveniente e indigno de un Príncipe alemán proferir tales palabras ante estos jóvenes oficiales'. ¡Imitadlo! ¡Abrid vuestros labios!

Se ha dicho con frase feliz: 'La palabra es plata, el silencio oro'. Es verdad; pero también es verdad que el callar en ciertas ocasiones no sólo no es plata, sino que es un gran pecado, mientras que entonces la palabra es oro.

La Sagrada Escritura nos dice: 'Hay tiempo de callar y tiempo de hablar'.

Ambas cosas son buenas según las circunstancias. Dos lenguas se han conservado incorruptas por un milagro del cielo: la de San Juan Nepomuceno y la de San Antonio de Padua; la del primero por callar, la del segundo por hablar.

Ahora, católicos, es para nosotros el tiempo de hablar. Por eso ¡abramos los labios para alabar a Dios! ¡Abramos los labios para confesar y defender la fe! ¡Abramos los labios para defender las buenas costumbres!

¡Omnipotente Salvador, obrad un nuevo milagro! ¡Haced que hablen todos los católicos mudos! ¡Pronunciad sobre ellos vuestro clamoroso 'Efeta' - ¡Abríos! ¡Qué se pueda decir de todos: 'Se les soltó el impedimento de la lengua y hablaban claramente! '.

(*Salió el Sembrador.*, Tomo III Ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1947 Pag. 489-495)